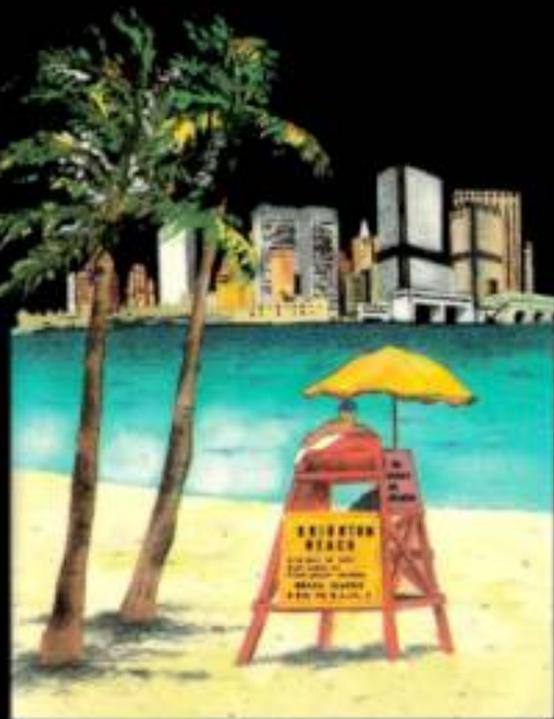

B O B L E U C I

LA PLAYA DE ODESSA



E T I Q U E T A



N E G R A

En las afueras de Nueva York se ha creado una colonia de rusos blancos exiliados. El lugar se llama Brighton Beach, pero todo el mundo lo conoce como Odessa Beach... Una historia que combina a la Mafia, a un expolicía ruso y a un angustiado detective norteamericano...

* * *

«Leuci sabe de lo que está hablando, conoce bien las historias del crimen organizado. Todo tiene un sabor a verdad, a realidad, acompañado de una buena habilidad narrativa: la acción, la trama». *New York Times Book Review*.

* * *

«Leuci ha sido protagonista de estas historias, y además un protagonista privilegiado». *Kirkus review*.

NOTA

La escena final de El príncipe de la ciudad, una de las miniseries de la TV norteamericana que ha tenido más éxito en los últimos años, dirigida por Sidney Lumet, reflejaba a un joven policía de Manhattan, pieza clave en una de las mayores investigaciones sobre la corrupción policiaca, enfrentado a sus fantasmas, a las acusaciones de haber abandonado a sus viejos camaradas, al desprecio por parte de los policías corruptos y la mentalidad corporativa que abundaba en el gremio. El centro de la historia se llamaba Bob Leuci y era un personaje real. Basada en una novela de no ficción de Robert Daley, El príncipe de la ciudad tuvo un éxito enorme porque lograba contar sin falsos maniqueísmos los problemas de la corrupción entre los guardianes de la ley.

Al final, el espectador no podía menos de preguntarse qué iba a hacer aquel joven detective, que dejaba atrás 20 años en el departamento de policía de Nueva York.

El héroe de la novela de Daley y de la película de Lumet, el expolicía Bob Leuci, es hoy un excelente novelista de historias criminales. Nacido en 1940 y retirado de la policía de Nueva York en 1982, después de los juicios con los que culminó la investigación, se dedicó durante un período de tiempo a dar conferencias o fue profesor invitado en varias escuelas universitarias. Luego resurgió a la vida pública como escritor. Hasta ahora, ha publicado dos novelas con un notable éxito en Estados Unidos: Los discípulos de Doyle y Playa Odessa (EN 134).

Leuci no es el primer desertor del mundo policiaco que acude a la literatura para poner en pie sus fantasmas. Así,

Joseph Wambaugh, exteniente de la policía de Los Ángeles, Roderick Thorpe, T. Glenn McCuaghlyn... Y todos ellos han mostrado mucho más que la capacidad para describir personajes y anécdotas con la solidez que da el conocimiento profundo del interior de ese mundo. También se han revelado como brillantes exponentes de los fantasmas que rondan en las cabezas de los hombres que trabajan ahí.

PACO IGNACIO TAIBO II

Para Anthony y Santina

Con un agradecimiento muy especial a
Anatoly, «Dneprov», Gross y a Olga Gross.
Unos descubrimientos muy especiales para América.

Los americanos pensaban que le conocían, que les gustaba, que no tenían motivos para temerle. Parecía vital, y tan capaz como siempre. Era el hombre que iba a mandar.

A FLAG FOR SUNRISE
Robert Stone

CAPÍTULO UNO

MOSCÚ

Noviembre de 1980.

Nikolai Zoracoff estaba confortablemente sentado en un banco, cerca de la fuente de la plaza Pushkin. Volvió la cara hacia el sol y se relajó como si estuviese repanchingado en el trópico. Raro regalo en Moscú, un sol radiante a principios de noviembre. Niki lo saboreó. Sin embargo, el aire olía a frío y también disfrutó de ello. Niki era un verdadero moscovita.

Nikolai Zoracoff parecía completamente diferente a la muchedumbre que se agolpaba para entrar en el parque. Vaqueros americanos, jersey blanco de cuello vuelto y una cazadora de cuero, le daban el aspecto de un monitor de esquí escandinavo en vez del de un estraperlista ruso.

Echó un vistazo a su reloj. Era suizo, y de oro, y costaba más de lo que ganaba en un año la mayoría de la gente que había en la plaza. Había llegado con diez minutos de antelación.

Una mujer pelirroja pasó lentamente por delante de él, se paró y le sonrió. Por cortesía, Niki se dio por aludido. Era sorprendentemente apuesto. Alto y rubio, con ojos azules, enmarcados por suaves, largas y felinas pestañas.

Antes de su matrimonio con Katya, Niki se había paseado por docenas de alcobas. Hoy en día era selectivo, pero nunca sería monógamo.

Miró más allá de la mujer pelirroja y de la estatua de Pushkin hacia la entrada de la calle Gorki, en donde una muchedumbre de adolescentes se encaminaba hacia el ci-

ne. Un claro en la muchedumbre dejaba ver el brazo de Viktor Vosk agitándose.

Viktor le hizo una señal a Niki para que lo siguiese; luego se dio rápidamente la vuelta y salió de la plaza hacia el proyecto Kalinin.

Viktor era veinte años mayor que Niki, cojeaba y andaba arrastrando los pies. Pero se movía muy rápidamente.

Aun en los días más fríos, Viktor nunca se abotonaba el abrigo. Decía que el frío era un amigo a quien había que abrazar, un buen coñac que había que sorber despacio y disfrutar. Su abrigo voló detrás de él como una capa.

Con largas zancadas, Niki le siguió, esquivando a los adolescentes con botas y cazadoras de cuero de imitación, a las abuelas con niños pequeños que parecían patatas, envueltos en abrigos y pantalones aislantes; un atuendo demasiado caluroso para ese día soleado y luminoso.

Viktor, el antiguo policía, se movía, a través de la muchedumbre de la tarde, como una alimaña.

El tiempo templado hizo salir en masa a los moscovitas. Llenaban los parques y los cafés situados a lo largo de la calle Gorki y del proyecto Kalinin. Se agolpaban en las aceras; algunos avanzaban en filas de a uno por la calle. Estudiantes, oficinistas, burócratas, viejos y jóvenes, manifestaban su sorpresa por el regalo del cálido sol.

Viktor pasó volando delante del Café Angara. Niki sabía lo que no entraría allí; estaba demasiado lleno de estudiantes. Revoltosos y nostálgicos bolcheviques, según Viktor. Los jóvenes ruidosos hacían toser a Viktor.

Se paró delante del Pechora, atisbó por la ventana, le hizo una impaciente seña con la mano a Niki para que se apresurase, y luego corrió a toda prisa hacia arriba de la calle. Se movía como un hombre totalmente aterrorizado.

En el Café Metelitsa se paró, se volvió hacia Niki y después desapareció en su interior.

Ya estaba sentado cuando Niki traspasó la puerta del café. Tosiendo y con el pecho jadeante, Viktor tenía la apa-

riencia exhausta de un corredor sin entrenar. Qué necesidad tenía de esa maldita persecución, deseaba gritarle Niki. Pero cuando vio los enrojecidos ojos de Viktor y escuchó esa horrible tos, lo único que sintió hacia su alcohólico amigo fue lástima.

Estaba claro que la ración matutina de vodka de Viktor ya le había elevado a las alturas y ahora le estaba dejando caer a trompicones, y con pequeñas explosiones en el pecho.

Niki conocía muy bien a Viktor. Habían sido socios durante casi ocho años. Asociación que a veces a Niki le costaba entender, al menos desde el punto de vista de Viktor. En cuanto a él, bueno, la gente hablaba de su persona como el zar de la calle Gorki, el príncipe de la calle Pushkin. Niki disfrutaba de una vida burguesa pecadoramente holgada.

Viktor Vosk era capitán de la Milicia (policía municipal de Moscú), un hombre duro que estudiaba a la gente cuidadosamente. Niki dudaba que Viktor comprendiese cuánto le importaba a Niki. La bebida estaba matando a Viktor. Niki podía apreciarlo. Podía verlo en el color amarillo de sus ojos y en el tinte dorado de sus dedos. Viktor tenía un mortífero bronceado ruso.

—Hecho, terminado, todo preparado —dijo Viktor—. Gracias a Dios que eres un judío, de otra forma no sé qué hubiésemos hecho.

La vida de Niki le había hecho creer firmemente en la suerte. No pudo evitar una pequeña sonrisa; Viktor le devolvió la sonrisa.

—Soy tan judío como tú comunista —le dijo—. Realmente no pensé que fueses capaz de conseguirlo. —¿Había olvidado lo especial que era Viktor? El hombre era un mago.

—Por diez mil dólares americanos, no hay nada que yo no pueda hacer. —Viktor golpeó suavemente el bolsillo de su abrigo con la palma de la mano, luego se frotó los ojos

con la manga del abrigo—. Sufriré más que tú, Niki. Te echaré de menos.

—Echarás de menos el dinero, viejo toro.

—Cierto, pero el dinero tiene un valor limitado para mí. Solamente puedo gastar hasta un límite. No, Niki —le dijo—, lo que echaré de menos es la aventura.

Niki se rió y le dio una palmada en la mejilla. Estaba húmeda, daba una sensación de mala salud.

—Viktor, hemos tenido demasiadas aventuras. Mira adonde nos ha llevado la aventura. Tengo suerte de no estar meando cubitos de hielo. Y tú, tú eres...

Viktor le interrumpió.

—La suerte es una tontería —le dijo—, el empuje es lo que cuenta. ¿Ves a toda esa gente? —Viktor agitaba los brazos como un director de orquesta—. Todos guardan secretos en sus corazones, sueños, fantasías. ¿Pero qué es lo que hacen? Se sientan sobre las manos y se quejan. Nosotros tenemos empuje, Niki, tenemos lo que hace falta. ¡Eso es lo que forjó la revolución! ¡Eso es lo que hace grande a la Unión! ¡El empuje! Viktor gritaba y se aporreaba el pecho con el puño. La gente que estaba sentada en otras mesas los miraba fijamente. Mientras hablaban, Niki fumaba cigarrillos Dunhill con filtro. No había filtro entre el vodka y la sangre de Viktor. Se bebió tres, antes de que Niki pudiese acabar su primero.

Cuando Viktor habló sentimentalmente sobre las maravillas de América, Niki empezó a sentirse enfermo.

—Tengo amigos en Cleveland —dijo—, americanos que estaban destinados en Moscú durante la guerra.

—¿Qué guerra? —Niki se rió.

—América es el paraíso de los estafadores. Vas a verlo, tú serás millonario y yo estaré con la nieve hasta el culo.

—Entonces, ¿por qué no vienes con nosotros? Como en el circo, montaremos nuestro espectáculo en el camino. Tenemos amigos en Nueva York: Yuri y Petra Vasily. Están todos allí.

—Escúchame y mantente alejado de esos payasos. Son delincuentes de poca monta. Tú, sin embargo, tienes ¡el toque! En cuanto a mí, aunque tuviese elección, probablemente me quedaría en Moscú. Soy ruso. Tú eres judío. Los judíos, Niki, nacieron para emigrar.

Hacia sólo dos semanas que Niki había tenido noticias de Viktor, como de costumbre, a través de Mikail Yagoda, el joyero.

—Encuétrate con él en el banco, dentro de una hora —Mikail susurró en su oído, mientras se ponía de puntillas. Mikail era de Tashkent; pequeño y casi negro, podía partir un diamante, o una cabeza, con su pequeño cincel y un martillo de bola.

Ese día, Niki había acudido a la plaza Pushkin ignorando que estuviese ocurriendo algo especial. Tal vez Viktor necesitase algún dinero, esto no era cosa inusitada. Viktor decía constantemente que él no necesitaba dinero, pero siempre lo estaba pidiendo, quejándose y enumerando una letanía de problemas.

El relato de Viktor anonadó a Niki.

—Era una simple investigación de doble crimen —había dicho Viktor—, nada fuera de lo común. Pero ahora ha trascendido a un área que es mucho más peligrosa: cartillas de trabajo.

Parece que el director de una fábrica textil, en un momento de furor etílico, había matado con un hacha a su suegra y a su hijo. Había decapitado a uno y destripado a la otra.

—Algo sucio, sucio —dijo Viktor, cacareando y sacudiendo la cabeza.

—Algo siniestro y extraño. Probablemente sería de Georgia —sugirió Niki. Luego preguntó—: ¿Qué tiene eso que ver conmigo?

—Parece que la mujer del director de la fábrica le echó la culpa al vodka de su acto de locura.

—¿Y por qué no? Nosotros, los rusos, culpamos al vodka del fracaso de la mágica cosecha de trigo de Khrushchev.

—El director de la fábrica tenía más dinero del que podía gastar. Frustrado, se dedicó al vodka. Bebió litros de vodka, el egoísta bastardo —dijo Viktor—. Pero ése no es el problema.

—Tal vez no —recuerda haber dicho Niki—, pero no me gustaría tener sus problemas.

—¿Cómo puede el director de una fábrica llegar a tener más dinero del que puede gastar? Es sencillo, recibe los salarios de los trabajadores que están en nómina, pero que no aparecen en la fábrica. ¿Te suena familiar? —preguntó Viktor. Niki recuerda haber empezado a sentirse asqueado mientras estaba sentado escuchando.

—Llevaba los libros de trabajo y comprobaba regularmente los ritmos de presencia.

—Lo sé, lo sé. Continúa.

—La Milicia había traspasado a la KGB una sencilla investigación de homicidio. A la KGB no le agradaba la idea de que pudiese haber otras fábricas, con otros directores, y otros empleados, que tergiversen sus libros de trabajo y cuyos empleados no aparezcan en sus puestos de trabajo.

—Mientras que los directores de las fábricas se quedan con los salarios —continuó Viktor—, los trabajadores de las fábricas se dedican a otras cosas, más lucrativas. Y a la KGB, estas otras cosas a las que los trabajadores se dedican, le gustan todavía menos.

—¿Me entiendes Niki? —había preguntado Viktor—. No se trata de tu cartilla de trabajo falsificada. No, cuando esta investigación haya terminado, tú serás uno entre cientos, solamente en Moscú. Pero la KGB está muy interesada en saber exactamente cómo se está ganando la vida esa gente sin empleo. Te verás obligado a explicar cómo disfrutas de un nivel de vida que te sitúa en una posición que se encuentra entre la de un miembro del Comité Central y un

primer bailarín del Bolshoi. Para un técnico electricista en paro, eso no será fácil.

Niki no había trabajado en cinco años. Durante cinco años el director de la fábrica de electrónica de Boloshelvo se había quedado con su salario, mientras que él hacía otras cosas.

¿Cuánto tiempo transcurriría hasta que la KGB investigase el historial de trabajo de Nikolai Zoracoff?, ¿un mes?, ¿seis semanas? ¿Quién podía saberlo? En la Unión Soviética el engranaje de la justicia funcionaba tan irregularmente como en Manhattan. Con el tiempo lo atraparían, eso era seguro. ¿Cuál sería la peor situación posible en que podría encontrarse?

¿Por una cartilla de trabajo falsificada? Tal vez, una condena de cárcel. ¿Por hacer estraperlo? Unos meses en Lub-yanka, la prisión y centro de interrogación de la KGB, y luego, cualquier mañana, un paseo por la nieve, y una bala en la cabeza. El hacer estraperlo era un delito capital en la Unión Soviética.

—Tendrás que huir —le había dicho Viktor—. No tienes elección. Siempre estás hablando de Occidente... —Recordó a Viktor susurrándole—, si te quedas, estás condenado. —Recordó a su amigo subrayando la palabra «condenado».

En los días que siguieron, tuvieron lugar otras reuniones.

Eran los cálidos y efímeros días de la distensión. Para los judíos rusos, la emigración se había convertido en una realidad. Para final de año, más de cincuenta mil abandonarían la Unión Soviética.

—Los judíos están abandonando el país a millares —había dicho Viktor—. Los desagradecidos bastardos, están provocando embotellamientos en los aeropuertos y en las estaciones ferroviarias.

Había momentos en que Viktor parecía extrañamente neurótico, y además antisemita, y muy ruso.

Explicó que los judíos estaban embarullando totalmente una burocracia ya de por sí hecha un lío. Nadie tenía la menor idea de lo que iba a durar este idilio con América. Brezhnev estaba desagradando a mucha gente con su brindis por el presidente americano. La mayoría de los rusos opinaban que Jimmy Carter era un sionista encubierto y, por lo tanto, un criminal.

Quedaba poco tiempo. Niki y Katya tenían que introducirse en la riada de emigrantes.

Los judíos rusos solamente podían emigrar a Israel. Pero tenían que tener una prueba documental de que tenían un pariente directo viviendo allí.

—Es un truco —explicó Viktor—. El Gobierno sabe que esa gente tiene tantas ganas de ir a Israel como yo de irme a pasar las Navidades a Siberia.

Otra reunión...

—La lista de espera es larga, el proceso es lento. No puedes esperar. Por diez mil dólares americanos, cinco mil por ti y cinco mil por Katya, puedo engrasar la maquinaria. Puedo colocarte a ti y a Katya al principio de la fila, poner aire bajo tus alas, conseguir que salgáis.

Viktor le dijo a Niki que estuviese preparado para salir en el acto. Sin preparativos, sin almacenar muebles. Las órdenes de embarque serían comprobadas.

—Quiero que una persona y solamente ella compruebe tus papeles. Será mi contacto en Emigración, y estará en el aeropuerto el día de tu partida.

Ahora esto. Solamente catorce días después de que Viktor le hubiese contado la tragedia relativa a las cartillas de trabajo (olvidando el doble crimen), se dispuso a recibir las noticias con una sonrisa.

—¿Cuándo? —preguntó.

—Mañana por la mañana, a las diez, vuelas a Viena desde Sheremetievo.

Niki gimió, sorbió un poco de vodka y encendió un cigarrillo con la punta del que todavía estaba fumando. Pen-